



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 42.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.
Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.
Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA
LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS
DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. — Corpiño de muselina. — Fichú de frivolidé y crochet. — Orla para confecciones. — Lazo de cinturon. — Galon para adornos de trages de niños. — Dos ramos al pasado. — Tapetillo sobre canevras Java. — Corbata de cinta encarnada y cinta negra. — Cuello de guipur. — Cuello al crochet. — Tapete de mesa. — Revista de modas. — El sueño del entierro. — Cartas Florentinas. — Recuerdos juveniles. — Explicacion del figurin iluminado. — Problemas de ajedrez. — Patron ilustrado.

compone de entredoses de frivolidé y crochet, y de un encage de frivolidé. Los cabos de entredoses que caen sobre la espalda tienen 70 centímetros de largo cada uno, los de los hombros 28, los de delante 22; todos terminan en cascabelillos de cuentas blancas.

Tapetillo sobre canevras Java.

El bordado se hace á punto ruso con torzal de seda, se deshilan los contornos de tapetillo para formar su fleco.

Corpiño de muselina con guarnicion de tafetán.

Este corpiño pertenece á una de las mil variedades del género. — Está adornado por delante de un peto compuesto de entredoses bordados, de centímetro y medio de ancho, y entredoses de guipur de tres centímetros, de guipur de centímetro y medio, finalmente, de cinta



CORPIÑO DE MUSELINA CON GUARNICION DE TAFETAN.

Orla para confecciones.

Se ejecuta este bordado con lana ó seda, y se pone sobre los contornos una trencilla de color que resalte.

Lazo de cinturon.

Se hace este lazo con cinta de 18 centímetros de ancho; para formar esas hojas huecas se disponen sus pliegues en sentido opuesto. El lazo se coloca detrás, en la parte media del cinturon.

Galon para adornos de trages de niños.

Se le ejecuta con cordon blanco de algodón, y 2 pedazos de trencilla encarnada de lana; — como lo indica el dibujo, el cordon está hendido á distancias iguales, y por allí se pasa la trencilla cruzando sus dos cabos por detrás.

Dos ramos al pasado.

Estos ramos servirán de dibujos sueltos para objetos peque-



FICHÚ DE FRIVOLIDÉ Y CROCHET.

Corbata de cinta encarnada y cinta negra.

Se hacen ahora muchas corbatas con dos cintas de colores, ó solamente con dos tintas diferentes de un color. Nuestro modelo está hecho con 2 pedazos de cinta, uno encarnado y otro negro, cada uno de 97 centímetros de largo y 3 de ancho; por sus extremos la cinta se ahueca un poco (véase el dibujo), se le hace un dobladillo, y luego se la guarnece con un fleco encarnado, de 8 cents. de ancho.

Cuello de guipur sobre red y frivolidé.

Esta red se ejecuta con hilo fino sobre un molde cuyo contorno es de un centímetro (medido con un cabo de hilo). El cuello se orla con un encage de frivolidé.

Para el fondo del cuello, se ejecuta primeramente

malva recortada á puntas para el cinturon, los tirantes y los puños; se lleva con una enagua de fulard blanco con florecillas mólvá.

Fichú de frivolidé y crochet.

Este fichú, cuadrado por delante y por detrás, se

ños, como porta-moneda, medallon de cartera ó de petaca. Se los ejecuta con torzal de seda sobre tafete, reps de seda, terciopelo ó moer, con muchas tintas de un solo color.

Se los puede tambien utilizar como salpicado, para cogines, taburetes, etc.

Acompaña á este número el patron ilustrado n.º 9 del presente año.

OCTUBRE DE 1867.

una tira recta de red, que se principia por 2 mallas; se hacen de ida y vuelta 18 vueltas, durante las cuales se aumenta una malla al fin de cada vuelta, de modo que en la última de estas hay 19 cuadros; se hace una vuelta sin aumento, y luego se conserva el mismo número de vueltas hasta que la tira tenga el largo que se quiera, aumentando una malla al fin de una vuelta, y disminuyendo otra al fin de la vuelta siguiente.

Cuando la tira tiene el largo que ha menester, se hace de nuevo una vuelta sin aumento ni disminución, luego 18 vueltas; al fin de cada una de estas 18 se disminuye una malla. Las 2 últimas se atan una con otra, sin formar una nueva malla sobre el molde. En esta tira se marca con hilo grueso la forma del cuello indicada en nuestro dibujo, luego se ejecuta el bordado, y por último el encage de frivolidé.

Encage de frivolidé.—6 dobles nudos, —1 piquillo corto, luego alternativamente tres veces seguidas 3 dobles nudos.—1 piquillo.—6 dobles nudos.—Se aprieta bien esta fila de nudos de modo que sus dos extremos estén separados por un tercio de centímetro; esto forma una especie de semicírculo, y se vuelve á empezar otro á poca distancia; pero en cada semicírculo siguiente se atan estos 3 primeros dobles nudos al semicírculo anterior. Se hace un feston muy apretado todo al rededor del cuello, ejecutando esté feston sobre el hilo grueso empleado para trazar el contorno del cuello, y se coge al mismo tiempo la frivolidé; se sostiene un poco el escote festoneándolo. Se corta el excedente de la red lo mas cerca posible del feston.

Cuello hecho al crochet.

MATERIALES.—Hilo de lino de los números 90 y 150.

Este cuello se hace por trozos separados; se principia por la lista tupida que forma su contorno exterior; se toma el hilo mas grueso, y se hace una cadeneta de 400 puntos.

1.^a vuelta.—Un punto sencillo sobre cada punto de la cadeneta.



RAMO AL PASADO.

no de los 2 primeros puntos.—una *barreta* de relieve, es decir, 2 dobles bridas en el 4.^o punto de la 1.^a vuelta, por consiguiente al sesgo. Al hacer estas bridas se deja intacto el *buclecillo* que se encuentra antes del último punto sencillo, es decir, que se terminan las 2 bridas en un solo punto, y que se vuelve á tomar la hebra para pasarla por este solo punto, y á la vez por los *buclecillos* que se encuentran sobre el crochet. Se hace en seguida: * un punto sencillo en cada uno de los 3 puntos que se encuentran despues del mas próximo de la vuelta anterior, por cima del cual se pasa, sin tocarlo,—una *barreta* en el 4.^o punto siguiente de la 1.^a vuelta.—Se vuelve desde * hasta el fin de la vuelta.

Sobre cada lado largo de esta lista se hacen, dos vueltas, festoncitos compuestos de puntos en



BORDADO PARA CONFECCIONES.



LAZO DE

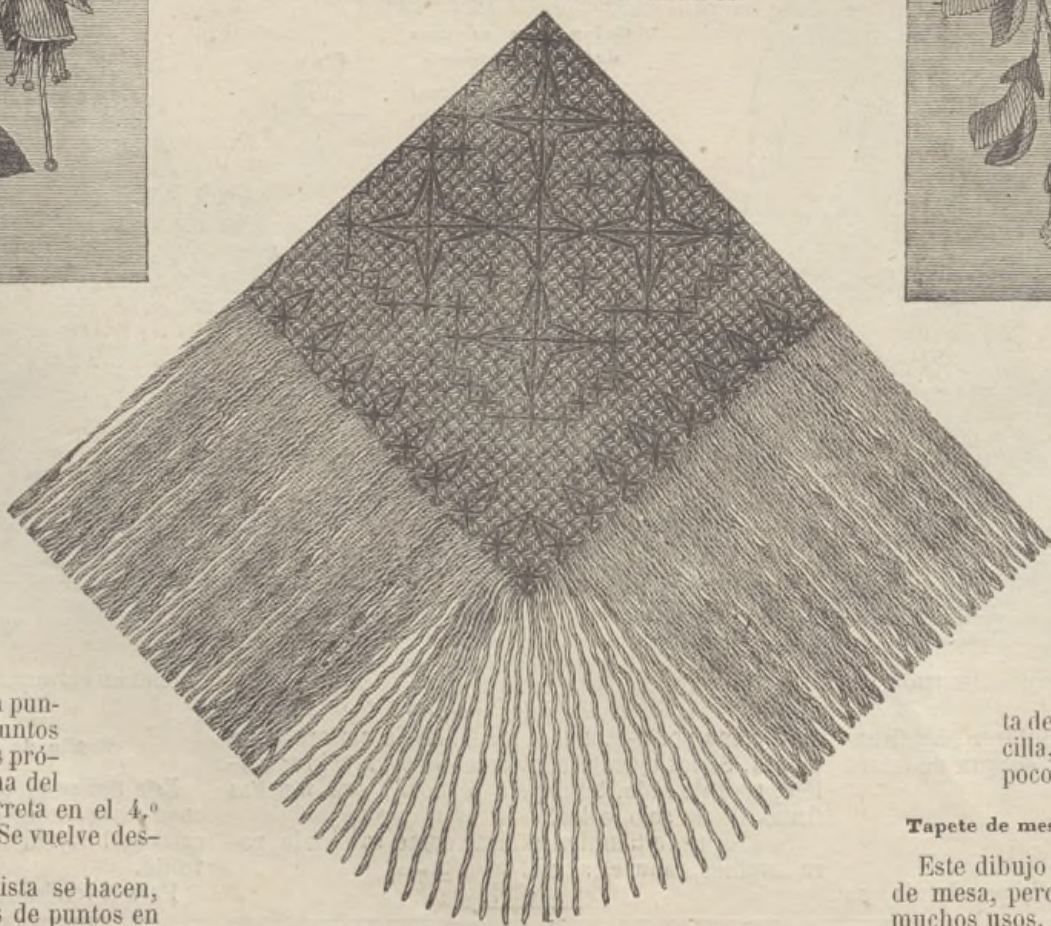
CINTURON.

2.^a vuelta.—Una brida en cada punto de la vuelta anterior.

3.^a vuelta.—1 punto sencillo en cada u-

ces desde *. Se vuelve la labor, se hacen de ida y vuelta dos vueltas de puntos sencillos (un punto en

GALON PARA ADORNO DE TRAGES DE NIÑOS.



TAPETILLO SOBRE CANEVAS JAVA.

el aire, empleando el hilo fino.

1.^a vuelta.—Un punto sencillo en el primer punto de la vuelta anterior.—* 3 en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto.—1 sencillo en el mas próximo punto.—Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

2.^a vuelta.—Un punto sencillo en el primer punto; * 2 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos;—en el siguiente 2 bridas separadas por 3 puntos en el aire,—1 sencillo en el punto siguiente.—Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

Para formar las esquinas del cuello, que se encuentran sobre la undécima *barreta*, contando desde el principio y desde el fin de la lista tupida, se hacen en la 1.^a vuelta de los festones exteriores en el sitio que se acaba de indicar, 5 puntos sencillos, sin pasar ningún punto de la vuelta anterior, mientras que en la primera vuelta de los festones inferiores se hacen 4 veces seguidas, en vez de 3 puntos en el aire, uno en el aire, por debajo del cual se pasan 3 puntos; además, en la 2.^a de estas dos vueltas se hace una vez, en lugar de 2 bridas ejecutadas en un mismo punto y separadas por 3 puntos en el aire, *solamente* una brida, como lo indica el dibujo. Se hace otra lista igual, pero sobre una cadeneta de 356 puntos, y las esquinas se forman entre la 7.^a y la 8.^a *barreta*, contando desde el principio y el fin de la lista. Al ejecutar la 2.^a vuelta de los festones exteriores de esta 2.^a lista, se la reune á la anterior, es decir, que en cada 2.^o punto de los 3 en el aire que se encuentran entre dos bridas, se pasa la hebra por el punto en el aire idéntico de la 1.^a lista; se hace un punto en el aire, luego se reunen los 2 *buclecillos* en un solo punto.

Solo quedan que hacer las esquinas tupidas (6 puntas), que se ejecutan de ida y vuelta, y van ligadas á los festones interiores de la 2.^a lista. Se labra así: un punto sencillo en el 12.^o feston de la 2.^a lista, contando desde la esquina del cuello;—* 3 puntos en el aire,—1 sencillo en el medio del mas próximo feston.—Vuélvase 10 ve-



RAMO AL PASADO.

cada punto); despues de la 2.^a vuelta se ata la hebra á uno de los festones, y se hacen 13 vueltas de puntos sencillos de ida y vuelta; cada 2.^a vuelta de estas tiene algunos puntos menos, de modo que en uno de los extremos se forma una punta al sesgo. En el lado opuesto se liga cada 4.^a de estas vueltas por medio de una brida á uno de los festones de la lista. El contorno del escote está formado por una vuelta de puntos en el aire y una vuelta sencilla, durante las cuales se sostiene un poco la labor.

Tapete de mesa. (Aplicacion de paño sobre paño.)

Este dibujo en tres partes es el de un tapete de mesa, pero podrá además servir para otros muchos usos. Describámoslo tal como es.

N.º 1.—Esta especie de lambrequin es de paño encarnado; las puntas se orlan con seda blanca, atravesada por puntos negros, y sobre la que corre un feston algo separado; sobre el contorno exterior el mismo feston amarillo, costura cruzada verde con puntos blancos. La pequeña rosácea colocada en el centro de cada punta es de paño blanco, fijada por un feston negro; en el centro dos cruces enlazadas, una verde y otra encarnada, con puntos de nudillos, encarnados sobre la cruz verde, amarillos sobre la cruz encarnada; — en el hueco de cada punta de la rosácea 3 puntos



CORBATA DE CINTA ENCARNADA Y NEGRA.

do medallon amarillo fijado con seda azul, á rayos (punto de cadeneta) alternativamente azules y granate. Tercer medallon negro fijado por un feston verde con rayos alternativamente encarnados (nudo blanco) y blancos (nudo encarnado); en el centro nudo amarillo.

Al medallon encarnado se unen dobles tallos hechos á punto de cadeneta con dos tintas verdes, la mas clara de las cuales forma el contorno exterior, estos tallos sostienen círculos pequeños blancos festoneados de negro, salpicados de nudos encarnados; en el centro de los

dentro; en cada ondulación medallon azul, con rayos alternativamente negros y amarillos, nudos amarillos sobre los rayos, nudo encarnado en el centro.

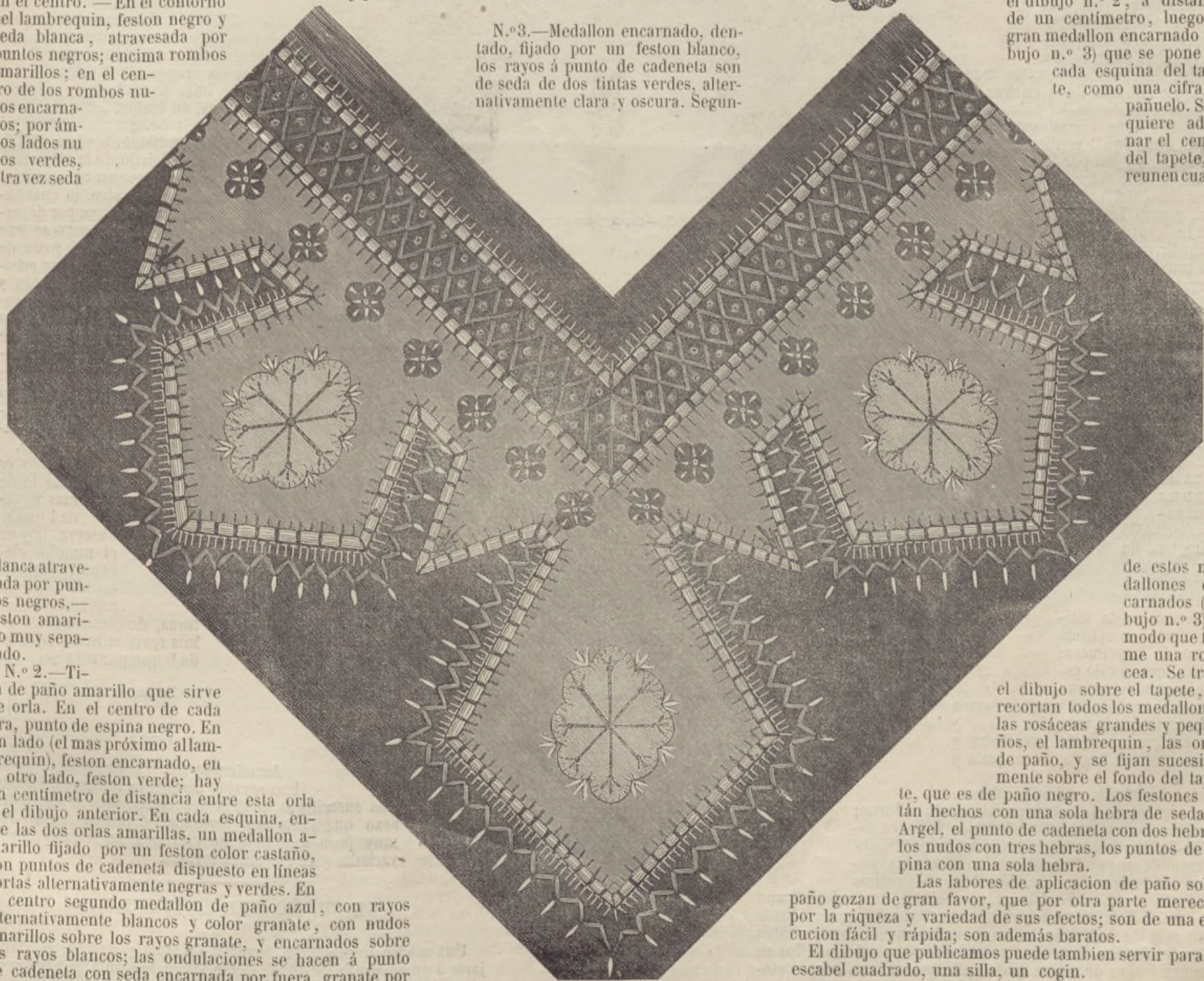
amarillos; — los mismos puntos; pero mas largos en cada punta pequeña del lambrequin. En el borde superior de este, pequeñas rosáceas negras fijadas por 4 puntos blancos en las cruces amarillas y un nudo azul oscuro en el centro. — En el contorno del lambrequin, feston negro y seda blanca, atravesada por puntos negros; encima rombos amarillos; en el centro de los rombos nudos encarnados; por ámbos lados nu dos verdes, otra vez seda

[CUELLO DE GUIPUR SOBRE RED Y FRIVOLITÉ.

Y CUELLO HECHO AL CROCHET.

círculos, rayos amarillos, con nudo encarnado en el centro. El dibujo n.º 1 es el que se pone sobre el contorno del tapete, á 3 ó 4 centímetros de su borde exterior; viene en seguida el dibujo n.º 2, á distancia de un centímetro, luego el gran medallon encarnado (dibujo n.º 3) que se pone en cada esquina del tapete, como una cifra de pañuelo. Si se quiere adornar el centro del tapete, se reúnen cuatro

N.º 3.—Medallon encarnado, dentado, fijado por un feston blanco, los rayos á punto de cadeneta son de seda de dos tintas verdes, alternativamente clara y oscura. Según



blanca atravesada por puntos negros, — feston amarillo muy separado.

N.º 2.—Tira de paño amarillo que sirve de orla. En el centro de cada tira, punto de espina negro. En un lado (el mas próximo allambrequin), feston encarnado, en el otro lado, feston verde; hay un centímetro de distancia entre esta orla y el dibujo anterior. En cada esquina, entre las dos orlas amarillas, un medallon amarillo fijado por un feston color castaño, con puntos de cadeneta dispuesto en líneas cortas alternativamente negras y verdes. En el centro segundo medallon de paño azul, con rayos alternativamente blancos y color granate, con nudos amarillos sobre los rayos granate, y encarnados sobre los rayos blancos; las ondulaciones se hacen á punto de cadeneta con seda encarnada por fuera, granate por

de estos medallones encarnados (dibujo n.º 3) de modo que forme una rosácea. Se traza

el dibujo sobre el tapete, se recortan todos los medallones, las rosáceas grandes y pequeños, el lambrequin, las orlas de paño, y se fijan sucesivamente sobre el fondo del tapete, que es de paño negro. Los festones están hechos con una sola hebra de seda de Argel, el punto de cadeneta con dos hebras, los nudos con tres hebras, los puntos de espina con una sola hebra.

Las labores de aplicacion de paño sobre paño gozan de gran favor, que por otra parte merecen, por la riqueza y variedad de sus efectos; son de una ejecucion fácil y rápida; son además baratos.

El dibujo que publicamos puede tambien servir para un escabel cuadrado, una silla, un cogin.

N.º 1. TAPETE. APLICACION DE PAÑO SOBRE PAÑO.

REVISTA DE MODAS.

Empiezan á verse muchos trages de paños ligeros (tegididos impermeables, punteados, marron dorado, gris y negro, habana y negro); se destinan para los vestidos de viage, y tambien para las lluvias de otoño.

He visto algunos de aquellos. Se componen de un zagalejo, que está cubierto de paño en una altura de 40 ó 45 centímetros. Su parte superior es de alpaca negra; viene en seguida una e-

nagua recogida á intervalos iguales, 3 ó 5 veces, según su ancho. Con estas dos enaguas se lleva un paletot recto, con poca ó ninguna guarnicion; la mas conveniente se compone de una tira del mismo paño, cortada al sesgo, puesta en la parte inferior del zagalejo; dos tiras semejantes mas estrechas en el borde de la enagua, otras tantas en el contorno del paletot; la tira del zagalejo tiene 3 centímetros de ancho, las otras dos 2 centímetros; todas ellas se respuntean por ámbos lados con seda del mismo color que el mas claro del paño. A veces, y para imitar una moda inglesa (debo en verdad añadir que esta moda no es muy linda) se hace, en lugar del paletot, una esclavina doble, recogida una ó dos veces en el medio de la espalda por un roseton de paño igual; esta doble esclavina se compone de una rotonda de 80 á 90 centímetros de largo, y de una segunda rotonda de 50 á 60 centímetros; esta última se corta en sentido inverso de la primera; es decir, que el hilo está en la espalda, mientras que el costado al sesgo se arma en el escote con la rotonda.

La enagua se sujeta por ojales y botones, colores negro y oro, plata y negro, etc.

Todos los trages se hacen planos, largos por detrás, para equipos de cierto adorno; pero *redondos*, es decir, tocando al suelo, para todos los demás casos. Las principales guarniciones se hacen de tiras al sesgo, de trenzas muy pequeñas de todo color, de flecos muy estrechos (Tom-Pouce), etc. — Se fabrica para trages de invierno una gran cantidad de terciopelos ingleses, llamados *rasos*. Estos nuevos tegidos son mas bellos y serán mucho mas sólidos que los terciopelos ingleses empleados hasta aquí; con ellos se componen trages de visitas y de calle que no son muy costosos, y serán siempre distinguidos. De ellos se hacen tambien

algunos *rayados*, pero los terciopelos lisos de esta especie serán preferibles. — Nada hay mas cómodo ni mas elegante que este tegido para vestidos de niños, y en todos los trages hechos con este terciopelo, es indispensable el padesús igual.

Sin esto, un traje de terciopelo inglés será de un gusto muy dudoso, y hasta de un positivo mal gusto.

Todas las tintas del color castaño, como castaño negro, castaño dorado, marron, etc. se adoptan para el invierno próximo. — En las guarniciones, mas bien semi-

rará á la diversidad de tintas en telas diferentes que á la oposicion de los colores; así

habrá menos vivos y tiras de color que corte, pero mas tiras al sesgo ó terciopelo del mismo color de los trages.

He visto tambien en casa de una acreditada modista un ingenioso procedimiento para llevar recogidos los trages. A 20 centímetros del talle se hace una abertura pequeña en la costura, en ámbos lados del paño de detrás; debajo de esta abertura se cose por un lado un boton, atado á un pedacito de cordón; debajo de la abertura se hace un ojal; se reúne uno con otro, lo cual hace estirar el traje por delante y lo recoge; luego se trae de abajo arriba el paño de detrás por encima del boton y el ojal, al que cubre formando una especie de faldon largo. Esto

en nada perjudica á la guarnicion de este traje.

Esto es todo lo de mas novedad que se observa hoy en el mundo elegante, y quedo en el deber á mis amables lectoras, de comunicarles en mis revistas inmediatas todo lo que por mi vista pase.

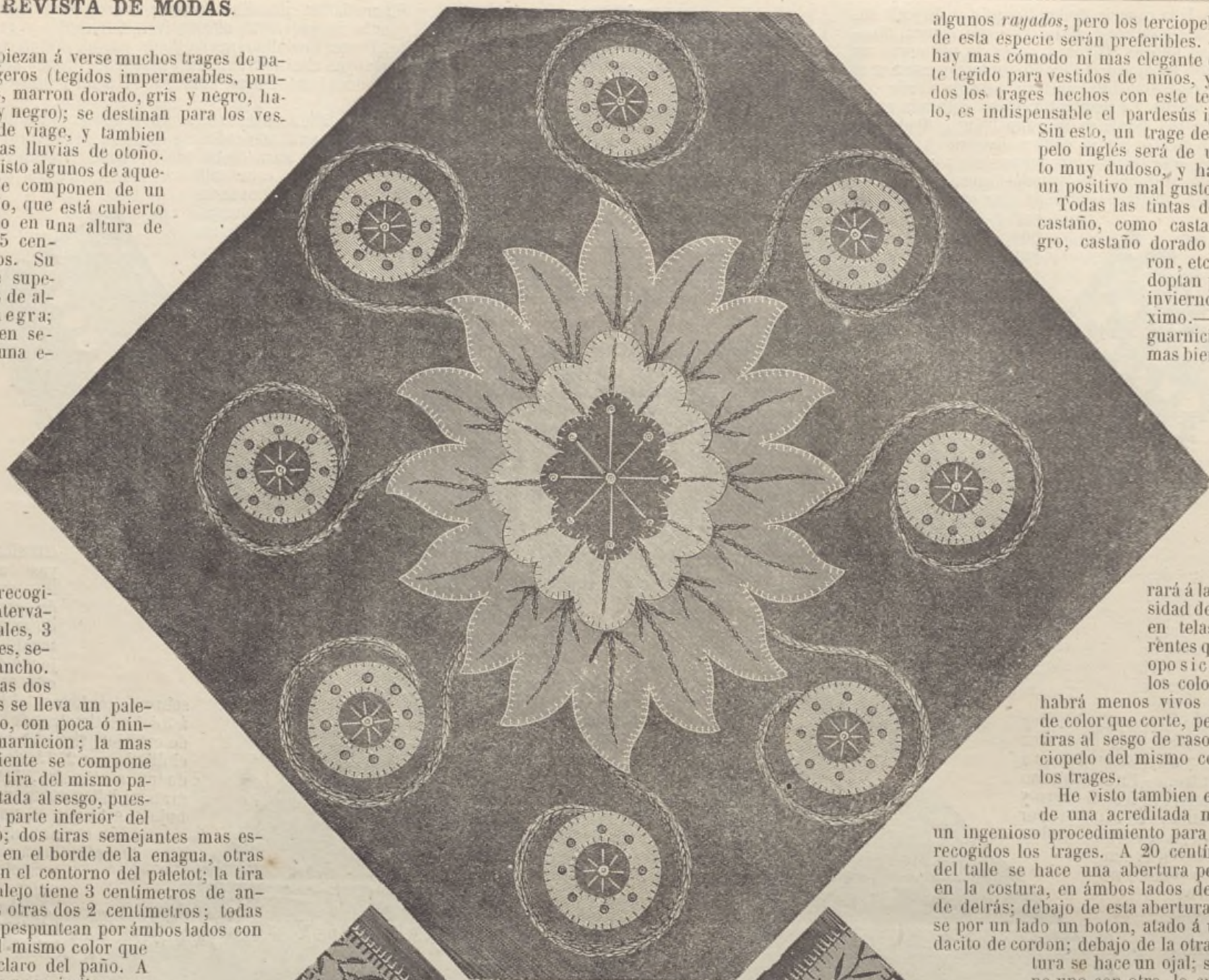
EMMELINA RAYMOND.

NOTA.

Accediendo á las indicaciones que se han servido dirigirnos muchas de nuestras suscriptoras, intérpretes de los deseos del bello sexo que tanto nos favorece, daremos dentro de muy poco una hoja de patrones con letras y cifras variadas y de elegantes formas.

EL SUEÑO DEL ENTIERRO.

Una madre tiernamente formada de alma y cuerpo, al arrojarse á un aposento, de donde salian voces de ayuda, por haberse encendido una vasija de espíritu de vino que se habia derrama-



N.º 3.—TAPETE DE MESA.



N.º 2.—TAPETE DE MESA.

do por el suelo, resbaló, y cayó en el espíritu quemante y corrosivo, y murió de resultas tras un mes de padecimientos.

Es de saber además que ya habían muerto dos hijos suyos, y que sus hijas solas acompañaron su cuerpo en el entierro de la mañana. La forma de esta relación se funda en la creencia, popular en Alemania, de que si una persona, en la noche de año nuevo, traza un círculo en torno suyo en una encrucijada, jugarán todo el año delante de ella espíritus en forma de vapor.

Sigamos entretegiendo siempre variados sueñecitos para agregarlos al gran sueño de la vida; y vosotros, amigos queridos, admitid con benevolencia el sueño que aquí os presento.

Soñé que me hallaba en el cementerio en la noche de año nuevo, cuando la creencia anda buscando en sus círculos ataúdes y llamas en los techos de las casas.

ridas os abriera, está ahora pintada y nada mas, en vuestro pequeño túmulo.

Mas yo no conocia á ninguno de aquellos á quienes los días de la primavera tiraban á la huesa entre el clamoreo de las campanas.

Apareció en una mañana nublada un cadáver que llevaba su forma tapada en su ataúd, y detrás de la forma tapada, andaban vacilantes unas figuras vestidas de blanco, estrechamente veladas y mudas; la bóveda se oscureció aun mas y abrióse el ataúd.

¡Oh! un grito de horror se exhaló entonces de todos los corazones, y conocí á la desventurada y á la difunta.

—¡Tú, forma marchita y tranquila, cuyos ojos están cerrados para siempre; pero tambien para siempre enjutos, cómo vas tan destrozada debajo de la tierra! ¡Cómo te estuvo saando tan redobladamente la muerte á ti, tierna flor, y antes no te remató! ¡Ay de mí! en torno de tus labios vino á petrificarse el dolor

nada sabe el hombre; patentizóse el azulado cielo lleno de brillantéz de amor, y chupaba con tibios céfiros las flores de la pesada tierra del túmulo.

Surgieron del sepulcro dos altas azucenas. Dos primaveras se fueron corriendo amorosamente la una al encuentro de la otra, y mecieron con sus soplos las azucenas hasta que echaron á volar las hojas de sus capullos á lo alto y las recogieron dos ángeles que bajaron del cielo.

Cerniéronse luego los ángeles encima del sepulcro, acercándose á él mas y mas; saliendo del mismo mas y mas flores; abrióse despues; levantóse la madre; los ángeles eran sus dos hijos, los cuales estaban echados sobre el regazo de su madre, que la muerte había curado de la vida.

—¡Oh! ¡bien venida! dijeron; ¡bien venida á nuestra tierra de reposo, madre harto martirizada! aquí curará tu vida mas blandamente, y aquella blanca mortaja es el vendaje postrero y el mas suave para



TRAGES DE AMAZONA. (Véanse las figuras 42 á 47 del patron repartido con el número anterior y su explicacion en la página 322 del mismo número.

Los futuros sepulcros del año estaban abiertos á la manera de lechos de descanso, y estaban vacios, y colocados en hileras que se extendian á larga distancia.

Iba pasando un pardo dia de invierno tras otro, y precipitaba á sus muertos en la mas fresca gruta de esta bochornosa vida... Yo no conocia á los que se hundian en los sepulcros.

Llegaron despues los claros dias de primavera, y se portaron con mayor aspereza, y llenaron los lechos abiertos de la muerte, ora con un padre, ora con una hermana, ora con un amigo; de cuando en cuando deslizábase de entre dos brazos un pequeño ataúd de niño á la segunda cuna de la vida, cual si fuera el cáliz de una flor; y yo empecé á meditar con suave dolor: Preciosas criaturas, ¡cuán alegremente os enfriais en el ventisquero de la vida, y con qué contento os dejais caer en vuestra última y mas blanda almohada llena de flores! ¡Ah! la cruz, que tantas he-

en tu postrer aliento, y tu mano está ensangrentada, cual si por largo tiempo la hubiese tenido aferrada á la helada cerradura de la puerta de la muerte, y retirádola despues mal herida. Con todo, mas quiero contemplarte á ti, ya tranquila, que á tus amigos, en quienes tan al vivo se reflejan en un solo pensamiento todos tus padecimientos; mas quiero mirarte á ti que á tu hermana, que tan gustosa participaria de tu presente y tan profunda noche de sueño, como participó de tus anteriores noches desveladas; mas quiero mirarte á ti que á tus cariñosos hijos, que, cegados por el llanto, están contemplando el frio túmulo de tierra que se interpone entre el corazón de su madre y sus tiernos y amantes corazones.

Y se me enturbió la vista, y desplomándose las nubes se posaron pesadamente como un paño sobre la escena de luto y los desconsolados seres; y nublóse todo como una vida. Mas de repente tembló la nube, anchamente cuarteada por unos rayos, de cuyo sol

tus llagas terrenales. No mires tanto rato á la tierra, donde te están llorando; en la eternidad vuelan los dias de otro modo; y no hace mucho que de tí nos separamos, querida madre, y la eternidad hermosa atrae á sí todo lo querido.

† † †

No diré, amigos míos, que desperté, por cuanto no fué aquella aparicion un sueño. Mas tampoco lo fué el consuelo; pues Dios puso en todo pecho una flor inmarcesible para todo sepulcro de la tierra.

EL DOBLE JURAMENTO DE ENMIENDA.

Era Enrique un jóven de quince años, esto es, lleno de buenos propósitos, que raras veces cumplia, y lleno de defectos de que se arrepentia todos los dias; él queria entrañablemente á su padre y á su maes.

tro; pero mas queria sus gustos; de buena gana hubiera sacrificado por entrambos su vida, mas no su voluntad; y su fogoso espíritu no le arrancaba á él menos lágrimas que á las personas á quienes queria.

De este modo iba vagando su vida dolorosamente entre el pecado y el arrepentimiento, hasta que por último su largo fluctuar entre sus buenas resoluciones y sus recaídas desahució de toda enmienda, no solo á sus amigos, sino tambien á él mismo.

Acosaba ya sin tregua al mal herido corazón del conde su padre el triste presentimiento de que, en la universidad y en sus viajes, donde los falsos senderos del vicio se van volviendo mas y mas floridos y resbaladizos, y de donde no habria ya ninguna mano que le retrajese, y no se oiria tampoco la voz de un padre que le llamase atrás, se precipitaria Enrique de uno en otro yerro y regresaria finalmente con el alma contaminada que malogró su pura belleza, y hasta el reflejo de la virtud, el arrepentimiento.

El conde era de índole blanda, tierna y religiosa; pero de complexión débil y enfermiza.

El sepulcro de su esposa se hallaba, por decirlo así, debajo del suelo de su vida, y socavaba todos los pensiles donde iba buscando flores. Enfermó él una vez en el día de su natalicio, quizás á consecuencia del mismo, por no poder su lastimado pecho sufrir un día en que con mayor fuerza late el corazón en él.

Mientras iba recobrando de un desmayo para caer en otro, entró su hijo en la pequeña glorieta donde estaban el sepulcro de su madre y el otro vacío que su padre habia mandado construir para sí durante la temporada de luto; y allí juró Enrique al espíritu de su madre guerra sin tregua á sus ímpetus de enojo y á su voraz anhelo por los placeres. El natalicio de su padre le estaba diciendo á gritos:

«La delgada tierra que sostiene á tu padre y le separa del polvo de tu madre, se hundirá muy pronto, quizá dentro de poquisimos días; y entonces morirá él conturbado y sin consuelo; y se llegará á tu madre, y no le podrá hablar de tu enmienda.»

«Oh! aquí fué el llorar amargamente; pero, desdichado Enrique, ¿de qué sirven tus lágrimas y tu desconsuelo sin tu enmienda?»

Al cabo de algunos días pudo levantarse su padre de la cama, y en medio de su enternecimiento y esperanza, apretó contra su calenturiento pecho al joven arrepentido.

Estaba Enrique ébrio de gozo y de dicha con el recobro de su padre y el beso que le dió; pero volvióse mas desalentado y discolorado que antes; su maestro, que trataba de contrarrestar con medios enérgicos la enfermiza blandura del padre, se opuso á aquellos ímpetus. Enrique desobedeció fieramente sus mandatos, que no tenia por paternos; y al repetirlos el maestro de un modo terminante, Enrique, furioso, malhiro el corazón y el honor del amigo que le contrarrestaba; y aquella rebelion contra su maestro penetró como una saeta envenenada en el lastimado corazón de su padre, el cual, rendido por la herida, volvió á caer en el lecho del dolor.

No trato ahora de pintarlos, hijos míos, ni el desconsuelo de Enrique, ni su pecado; pero incluíd, si, en el severo fallo que merecen sus faltas las que vosotros mismos habeis acumulado quizá en vuestra conciencia. ¡Ah! ¿qué hijo puede acercarse al lecho mortuorio de sus padres, que no tenga que decirse: «Aunque no haya yo quitado á su vida ninguno de sus años, es muy positivo que les cuestan semanas y días. ¡Ay de mí! quizá he motivado yo mismo ó aumentado los quebrantos que ahora quisiera yo mitigar; y esos ojos queridos, que tan alegremente estaban contemplando la vida una hora mas, mis faltas solas los cierran antes de tiempo.»

Pero el insensato mortal está pecando tan osadamente, porque se le encubren sus matadoras consecuencias; él desaherroya las voraces fieras que en su pecho tiene enjauladas, y allá las suelta de noche contra el linaje humano, sin advertir que los monstruos desmandados se abalanzan sobre tantas personas inocentes y las hacen pedazos.

Con la mayor frescura arroja el hombre fiero las quemantes ascuas de sus pecados en torno suyo; y solo despues que está yaciendo en la huesa, arden tras él las chozas incendiadas por las chispas que él diseminó; y su columna de humo pasa, como una pirámide infamante, á su sepulcro, sobre el cual se levanta para siempre.

Tan pronto como su padre quedó desahuciado, no pudo Enrique contemplar por mas tiempo su moribundo cuerpo; quedóse en el aposento contiguo, y mientras que convulsiones y desmayos estaban jugando con la vida de su padre, se echó de rodillas como un delincuente, sin moverse, y con los ojos fijos ante el porvenir y la sajadora exclamacion: ¡Ha muerto!

Por último, hubo de acercarse al moribundo padre para despedirse de él y recibir su perdon; pero

su padre le devolvió su amor solamente y no su confianza, y dijo:

—Enmiéndate, hijo mio, mas no lo prometas. Estaba Enrique echado en el aposento contiguo, rendido por el dolor y la vergüenza, cuando oyó, cual si despertara, á su anciano maestro, que tambien lo habia sido de su padre, bendiciéndole, como si ya envolviera la larguisima noche aquella vida.

—¡Muere blandamente, ser virtuoso y fiel discípulo! Todas las buenas resoluciones que tú cumplistes, todas tus victorias sobre ti, y todas tus buenas obras han de pasar en este momento, cual brillantes y rojas nubes vespertinas, por el crepúsculo de tu muerte: espera todavía en tu hora postrera por tu desdichado Enrique, y sonriete, si me oyes, y si hay todavía un arroyo en tu sajado corazón.

El pobre enfermo no pudo dominar el pesado hielo de la insensibilidad que se arrollaba encima de él; sus confusos sentidos tuvieron la voz del maestro por la de su hijo muy querido, y tartamudeó de esta manera:

—¡Enrique! yo no te veo; pero te oigo; ponme la mano encima, y jura que te enmiendarás.

Allá se abalanzó el mozo para proferir el juramento; pero el maestro le hizo una seña, y puso la mano sobre el corazón que se helaba, y dijo en voz baja:

—Lo juro en tu nombre. Pero de repente sintió que el corazón estaba muerto, y que descansaba del largo movimiento de la vida, y dijo:

—Huye, joven desdichado: ¡ha muerto sin esperanza!

Huyó entonces Enrique de la quinta; pues ¿cómo hubiera podido contemplar un desconsuelo que él mismo habia acarreado á los amigos de su padre, ni tomar parte en él?

Vacilante y sollozando, entró en la glorieta, y vió los blancos monumentos que interceptaban, como pálicos esqueletos la verde enramada; mas no tuvo valor para tocar el sitio vacío donde habia de dormir su padre: apoyóse pues, en la segunda pirámide, que cubria un corazón que no habia muerto por culpa suya, el de su madre, el cual ya desde largo tiempo estaba parado en el polvo del descompuesto pecho.

No osó llorar ni jurar, sino que mudo y sajado, llevó su dolor mas allá. Salíanle por todas partes al encuentro recuerdos de su pérdida y de su culpa; cada niño que corria hácia su padre con las espigaduras de los campos, mientras las levantaban en alto, era para él un recuerdo de su culpa; todo tañido de campanas era el clamoreo por los difuntos; toda zanja era un sepulcro; todo índice horario señalaba la hora postrera de su padre.

Regresó finalmente Enrique á su casa; pues tras cinco mortales días llenos de dolor y arrepentimiento, deseaba estar de vuelta y al lado del amigo de su padre, y consolarle con los primeros frutos de su mudanza.

El hombre celebra para los queridos de su corazón una festividad mas hermosa, cuando enjuga las lágrimas ajenas que cuando derrama las propias; y la mas bella guirnalda de flores y ciprés que colgamos de los monumentos queridos es una guirnalda de frutos de buenas obras.

No queria el joven entrar antes de muy anochecido, con su rubor de vergüenza, en la casa del quebranto. Mientras atravesaba la pequeña glorieta, presentósele la blanca pirámide del sepulcro de su padre entre vivas ramas, al modo que la parda nube de una aldea, reducida á cenizas, va nadando por el azulado y purísimo cielo.

Reclinó la cansada cabeza contra la dura y fría columna, y solo pudo llorar con sonido cóncavo y mudo, y ni un pensamiento atravesaba su corazón despedazado. Allí estaba el joven abandonado: no se alzaba ninguna voz suave que le dijese: «¡No llores mas!» Ningun corazón paternal se derretia para decirle: «¡Harto castigado estás!»

El vaiven de las copas de los árboles parecia ser una airada reconvencion, y la oscuridad un abismo. Aquella pérdida, tan irreparable en su naturaleza, se espaciaba anchamente en torno de él, como un mar que jamás se mueve ni mengua. Por último, despues de haber derramado una lágrima, divisó una suave estrella en los cielos que, cual el ojo de un espíritu celestial, le estaba mirando dulcemente al través de la verde enramada. Internóse entonces en su pecho un dolor mas suave, y pensó en su juramento de enmienda quebrantado por la muerte, se dejó caer de rodillas, y alzando la vista hácia la estrella, dijo:

—Oh! padre, padre! (durante largo rato ahogó la voz la intensidad del dolor), aquí yace tu hijo desdichado sobre tu sepulcro, y te lo jura. ¡Sí, espíritu puro y piadoso, yo me enmiendaré, admítame otra vez en tu cariño! Ah! así pudieses tú enviarme una prenda de que me has oido!

Percibióse en aquel punto un rumor de hojas á

su lado; una figura grave fué apartando las ramas, y dijo.

—Yo te he oido, y vuelvo á esperar.

Era su padre. Aquella cosa intermedia entre la muerte y el sueño, hermana de la muerte, el desmayo, le habia conferido nuevamente la vida, como un profundo y saludable sueño, librándole de la muerte.

—¡Padre bondadoso! y aun cuando la muerte te hubiese llevado al resplandor del otro mundo, no hubiera tu corazón latido de mayor júbilo ni rebosara mas dulcemente, que en aquel minuto de resurrección, cuando tu hijo, cambiado por el dolor mas acerbo, dejó caer sobre tu pecho el suyo mejorado, y te devolvió la mas bella esperanza de un padre.

Pero mientras cae el telon sobre esta corta escena, os preguntaré yo ahora, queridos jóvenes, que me estais oyendo:

—¿No teneis padres á quienes no habeis dado hasta ahora las esperanzas mas halagüeñas?

Pues entonces, os recuerdo, como un caso de conciencia, que llegará un día en que no os cabrá ningun consuelo y prorumpireis:

—Ah! ellos me querian tanto, y yo les dejé morir sin esperanza; yo fui su última congoja.

(Traducido de Richter por A. B. de C.)

CARTAS FLORENTINAS.

SUMARIO. —Una horrible historia. —El cólera. Funesta idea popular sobre esta epidemia. —Teatro Alfieri. La señorita Clelia Gros. "La donna." —Politeama, Emma Ciofelli. —Teatro Rossini. "El asedio di Brescia" (ópera nueva). El jugador (balle). —La gran novedad en la Pérgola. Escuelas dominicales para el pueblo. El Sr. Fontanelli. —"El Eco del Arno." —Una buena noticia sobre los vestidos cortos.

I.

Aun oprime el corazón de Florencia la memoria de un crimen horrible cometido no ha muchos días. Siendo este un hecho que interesa á la humanidad nosotros lo referiremos callando nombres que solo podrian servir de pasto á la curiosidad.

Nuestra pluma no será elegante en el referir, pero será verídica en el narrar.

Esto es cuanto deseamos. El sol de Italia se habia despertado apenas dando vida á los campos que circundan á Florencia cuando J. M. hombre joven y que habia servido á la patria en diversas ocasiones, manifestó á su linda esposa el deseo de pasar una mañana de alegría y amor bajo la sombra hospitalaria de nuestros vecinos bosques.

Aceptada con placer la invitación, ámbos salieron juntos de casa, juntos oyeron misa, juntos almorzaron y juntos se perdieron por entre los árboles, ocultándose de este modo á todos los ojos, menos á los de Dios, como dice el Sr. de Sterlich.

Algun tiempo despues J. M. volvia á la ciudad. Pero ¿y su joven esposa? Habia desaparecido.

Algunos muchachos que habian ido á divertirse, volvieron á su casa pálidos y temblando.

—Hemos visto—decian—una señora vestida de negro, que se mueve y no tiene cabeza.

Como es natural, la narración no fué creída pero la palidez mortal de las pobres criaturas hacia creer que alguna parte de verdad existia en medio de la fantástica exposición del hecho, y diversas personas corrieron al sitio in licado por ellos.

Qué horror! En un lago de sangre yacia una mujer decapitada.

Pero ¿y la cabeza de esta infeliz? El asesino la habia escondido creyendo ocultar con ella su delito pero la cabeza de la víctima debia denunciarlo y así fué.

En efecto; algunas personas viendo salir cabellos de entre las piedras escavaron y tras una hermosa cabellera desenterraron una cabeza que apesar de lo desfigurada, conocieron todos, despues, ser la de la joven que acompañaba á J. M.

Pero ¿y J. M.? Habia desaparecido.

Toda la actividad de esta inteligente cuanto maquiavélica policía no podia descubrir al asesino y lo que es mas, no podia saber quién fuese la víctima.

Expuesta al público nadie supo decir quién era, hasta que al fin se aseguró llamarse N. P. y muchos convinieron en ello.

Pero N. P. escribió, desde Liorna, á la Justicia manifestando que ella estaba allí viva y sana.

La incertidumbre era cruel, el hecho tomaba formas de novela y la policía se desesperaba viendo su amor propio ofendido, cuando una noche, en la que menos se esperaba, se apoderó del asesino que dormia tranquilamente en su casa.

Dios la inspiró, y en medio de tantas tinieblas le dió un rayo de luz para descubrirlo y los medios de arrestarlo.

J. M. no se turbó ante la improvisada visita y protestó enérgicamente, pero protestó en vano.

La justicia habia hecho fotografiar la cabeza de la víc-

tima (una de cuyas copias he podido obtener y le envío adjunta) (1) y presentada al asesino respondió este con una inocente sonrisa que no conocía al original de aquella reproducción. Pero á estas pruebas siguieron otras y tal fué la confusión de sus ideas, que acabó por confesar la verdad declarándose reo. Según todos los indicios el motivo del asesinato fué una pasión criminal de J. M.

Marietta M., hermosa jóven de cabellos rubios que habia inspirado aquella pasión, llegó á ser tan exigente que le prohibió hasta el convivir con la propia esposa.

Es, pues, casi seguro que la ejecución del crimen cometido por J. M. era consecuencia de otro, no sabemos á cual mas odioso.

Escuchemos ahora al acusado reasumiendo su declaración ante el tribunal y ella nos probará el cinismo del reo.

«Viendo la mañana hermosa invité á Adelaida (su mujer) á dar un paseo (y aquí refiere de que oyeron misa juntos &c. &c.). Despues, sentados bajo de un árbol, le manifesté mi idea de ir á París á lo que mi mujer me preguntó si con este viage olvidaria la mia biondina (la RUBITA era la bella rival) y yo le contesté que haria todo lo posible por olvidar un amor criminal como el que me atormentaba; pero le manifesté que ella á su vez debia olvidar á un primo suyo y del cual yo tenia celos. (Motivos para empezar la cuestion que debia acabar con el asesinato). Ella nada me respondió y yo que creía fundados mis celos me cegué hasta el punto de tirar de un cuchillo y degollarla (aquí podíamos hacer una observacion... pero el reo está en manos de la justicia). Viendo la sangre que salia á mares le pedí perdón de rodillas diciéndole: «Adelaida perdóname antes de morir» pero le habia cortado el órgano de la voz y nó pudo articular palabra. Sin embargo por los movimientos que hacia pude comprender que no me perdonaba y entonces imprimiendo otro corte circular le separé la cabeza del tronco para que no sufriende por mas tiempo. (Qué piedad!) Mi esposa murio con l'ira nel cuore (con la ira en el corazon). Una vez cadáver le quité los pendientes y un anillo, escondí la cabeza de la víctima, me lavé las manos y me volví á casa.»

Pronto la espada de la justicia caerá sobre este asesino y sobre sus cómplices: ¿pero podrá su sangre lavar la mancha del horrible crimen? ¿Podrá la misma muerte dar la vida á la inocente víctima? Se cometen en la tierra delitos de tal naturaleza que solo Dios puede juzgarlos. Dios, que tiene en sus manos la vida eterna y la eterna muerte...

II.

Triste ha sido la primera parte de nuestra Revista y á juzgar por el dicho, la segunda debia de ser la mas lastimosa. Pero haremos lo posible porque así no suceda.

El cólera... (mal principio) continúa haciendo estragos que aumenta la ignorancia popular.

Es creencia general en algunos pueblos de que el cólera consiste en un veneno que da el Gobierno por medio de los médicos y de los boticarios, y muchos de estos desgraciados han sido ya víctimas de movimientos populares.

Como es de suponer, huyendo del falso veneno se dejan morir sin reclamar auxilio alguno y hé aquí de qué modo una creencia errónea produce males positivos, multiplicando el número de los atacados, de los cuales sobre ciento apenas se salvan treinta ó cuarenta.

Florenca, gracias á Dios, se halla libre de ámbos males.

La Beneficencia pública no descansa y la bella señorita Clelia Gros, que es infatigable cuando se trata de hacer un bien, ha representado en el teatro Alfieri LA DONNA (La mujer) del célebre Giacometti, el producto líquido de la representación ha ido á aumentar los fondos que se destinan para socorrer á las familias pobres de los atacados del cólera.

Ciniselli está de enhorabuena. El Rey le ha dado el título de Escudero Honorario y su compañía ha tomado el de Compañía Real.

El beneficio de su linda hija Emma ha sido un triunfo. El Rey asistió algunas horas demostrando mas de una vez su complacencia y la elegante Escudera tuvo el gusto de ver convertido el circo de caballos en un jardín de flores.

Pero, vosotras, amables lectoras, no conoceréis á Emma Ciniselli mas que de nombre.

Veamos si me es posible hacéroslo conocer un poco mas.

Una estatura ni alta ni baja; una fisonomía graciosa y severa al mismo tiempo, ojos lánguidos ó de fuego según el caso; una sonrisa alegre y triste simultáneamente como si en su imaginacion luchasen las mas dulces impresiones con los mas tristes pensamientos.

Hé aquí á la MUJER.

Exquisita elegancia á caballo, firmeza en montarlo: facilidad en dirigirle; casi temeridad en impulsarlo.

Hé aquí á la ARTISTA.

Nosotros la vimos cuando no era mas que esperanza de artista y capullo de mujer. Hoy al conocerla bajo el cielo de Italia hemos visto realizados los ensueños que concebimos bajo el cielo de Andalucía.

El teatro Rossini, que de grande no tiene mas que el nombre, ha abierto sus puertas al público con L'ASSEDIO

DI BRESCIA del maestro Pantoglio, que ha gustado en extremo. El autor ha sido llamado á la escena mas de diez veces y esto es mucho, teniendo en cuenta la escasez de la orquesta y la torpeza de los coristas. El duetto del primer acto, entre tenor y contralto, es una elegante composición que recomendamos á nuestros dilettanti.

El baile en 6 actos el JUGADOR es demasiado grande y no cabe en el teatro Rossini. Es de admirar, sin embargo, un milagro escénico como es el de hacer bailar, correr y luchar cuarenta ó cincuenta personas donde apenas se pueden mover diez.

No obstante estos pequeños inconvenientes el porvenir del Rossini está asegurado, á lo menos por ahora.

Esperamos la apertura del Nazionale con IL FOLETO DE GRESY del Petrella, y el baile en 8 cuadros del coreógrafo Coluzzi, BEDRA LA MALLARDA.

El Pagliano nos ofrece IL BARBIERE DI SIVIGLIA, NORMA, IL PEREGRINAGGIO A PROELMEL y otras sin contar la notabilidad clásica de Mozart LE NOZZE DI FIGARO (Las bodas de Figaro).

Peró la novedad en el teatro Real (La Pèrgola) será el DON CARLOS de Verdi, que tanto furor ha hecho en París.

Tales son los espectáculos que tenemos y que esperamos.

La sociedad estudios de Florenca, creyendo insuficientes las escuelas teatrales para instruir y moralizar al pueblo, ha instituido otras, las "Escuelas dominicales" donde entendidos profesores y conocidos é instruidos jóvenes que entran ahora en la difícil carrera de la ciencia, dan lecciones públicas sobre los principales ramos del saber humano, sin rozarse en nada con las cuestiones religiosas ó políticas.

Entre estos jóvenes citaremos al Sr. Carlo Fontanelli que ya nos habia dado una prueba de su claro talento publicando una obra sobre derecho Constitucional y que es tan hábil abogado como entendido literato.

Y ahora que hablamos de literatura se nos proporciona el placer de decir dos palabras acerca del nuevo semanario "EL ECO DEL ARNO" que si bien recién nacido se ha hecho ya el eco de la elegante sociedad Florentina. Su jóven cuanto entendido fundador, el Sr. Stuart, ha tenido un feliz pensamiento y lo ha realizado con éxito. El periódico es pequeño; pero siendo pequeño el nardo y grande el girasol, ¿quién no eligiria la pequeña flor, todo esencia, en lugar de la grande, toda hojorazca?

No terminaré mi Revista sin dar una buena noticia á mis amables lectoras.

El vestido corto cae, ó lo que es lo mismo se alarga, y es de suponer que dentro de poco será exclusivo patrimonio de las bailarinas fuera del teatro.

Nosotros aseguramos corta vida á los vestidos cortos y no nos engañamos.

Esas campanillas ambulantes ó atraian demasiado ó alejaban excesivamente.

Peró si se suprime el vestido corto—me dirán algunos—tendremos de nuevo las colas y con las colas la critica.

Esta reflexion no deja de tener un fondo de verdad; pero ¡Dios mio! acuérdense las señoras de que la virtud consiste en un buen medio y adapten los vestidos á los principios de la virtud.

José C. BRUNA.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Esta vez obró con dulzura mi padre conmigo: me compró una blusa de tela fina, guarnecida de vivos encarnados, una buena gorra de cuartel y un cinturón de charol.

Mientras estaban ocupados en la plaza Verde en formar las nuevas compañías, yo me paseaba á lo ancho y largo con mi padre. Me explicaba lo que era la vida de soldado, y se esforzaba en prevenir de antemano las mil contrariedades que encontraría, diciéndome entre otras cosas:

—Ten en cuenta que caracteres como el tuyo no se han hecho para la vida militar; tú eres demasiado sensible. Una buena palabra te contenta; pero también una palabra dura te hace profundamente desgraciado. Si tienes algun disgusto, das mil vueltas á lo que te ha desagradado, en tu cabeza, por mucho tiempo; y merced á tus ilusiones quiméricas lo exageras todo. Es necesario que dejes esa mala costumbre y participes de la aparente rudeza que hallarás en tus camaradas y superiores. Persuádate de antemano de que soldados y oficiales recurren á las palabras mas enérgicas para expresar las cosas mas comunes. Si pierdes esto de vista, de diez veces una te crearás herido y humillado, y te harás caviloso y triste. Tiempo es de que seas hombre, puesto que quieres obrar como tal.

Un redoble cortó los sabios consejos de mi padre: los voluntarios iban á marchar.

Cuando mi padre me estrechó entre sus brazos en el momento de la partida, me dijo aun:

—Enrique, acuérdate siempre de este proverbio: «Cada uno es hijo de sus obras.» Desde este momento tu suerte está en tus manos: tu porvenir será el que tú mismo te creés.

Yo tenia los ojos llenos de lágrimas; lloraba y sollozaba y no sentí, por decirlo así, su último apretón de manos.

La idea de seguirle y renunciar á la vida militar surgió en mí; pero los tambores empezaron á tocar, y ví á las compañías empezarse á ordenar para la partida. Con las megillas húmedas aun por las lágrimas, corrí á mi pues-

to; y un instante despues estaba en camino para la frontera.

II.

Pernoctamos algunos dias en Ostmalle, á algunas leguas de Amberes, y mi padre fué allí á verme, con el objeto sin duda de conquistarme la benévola protección de mis jefes. Estuvo largo tiempo con el capitán de mi compañía, que era francés, habló probablemente con él del tiempo de Napoleón, de los heróicos hechos de armas de los ejércitos franceses y de los desastres de la marina imperial, porque cuando volví á Ostmalle de haber acompañado á mi padre á alguna distancia, el capitán me tocó amistosamente en el hombro, y me dijo:

—Vuestro padre ha servido con el gran hombre; es un viejo lobo marino que ha vertido su sangre por la patria. Esto basta para que favorezca á su hijo siempre que pueda: el bravo hombre no necesitaba haberme hecho tan eficaces recomendaciones. Os hago cabo, y mas adelante veremos lo que puedo hacer por vos. Entre tanto, tratad de haceros soldado, y sobre todo, no os desaniméis: yo tendré siempre presentes las palabras de vuestro padre, y haré por vos cuanto dependa de mí.

Seis semanas despues (30 de noviembre de 1830) estando en Turnhout, fui nombrado furriel, y los honores de sargento que iban anejos á mi empleo, resonaron en mi oído como el feliz presagio de una brillante carrera. Escribí á mi padre y daba gracias á Dios, no solo de haberme inspirado la idea de ser soldado, sino de haberme concedido la resolución necesaria para ejecutar mi proyecto.

Si me hallaba tan satisfecho entre mis rudos compañeros y si no tenia que sufrir demasiadas humillaciones, lo debía al oficial que mandaba mi compañía. Llamábase Smith, y decia haber entrado en el servicio á los diez y seis años en la guardia jóven de Napoleón. Era alto, bien formado, hábil en el arte de la esgrima, tanto en el sable como en la espada, delicado en puntos de honor, valeroso hasta la extravagancia, y de un carácter alegre y cariñoso, que le hacia ser muy decidor. Además de esto tenia un excelente corazon, y era incapaz de hacer mal á nadie, fuera quien fuera, ó de apesadumbrar á nadie con intencion. En una palabra, era el verdadero tipo del soldado francés, tal como la poesía nos le pinta siempre y la realidad nos le presenta algunas veces.

Habíame tomado visiblemente bajo su protección, y veía una solicitud paternal y un verdadero afecto por su furrielito, como me llamaba siempre. A él debí mi rápido ascenso á este grado.

Mis camaradas los sargentos de la tercera compañía del tercer batallón de cazadores de Nielon, eran también buenos muchachos, y se hubiera dicho, al ver su conducta hacia mí, que se habían armado para evitar á su furrielito cualquiera mala ventura. Mi padre les habia hablado también en Ostmalle. Hallábanse entre mis protectores y colegas el sargento primero Collette, de Bruselas y un sargento de Liège, llamado Dequéé, que me llamaba riendo su hijo; y de hecho, me tenia un afecto tan sincero y profundo, que no hubiera vacilado en tirar de su sable para vengar la menor ofensa si se hubiera querido hacerme alguna.

Rodeado de tan excelentes amigos, no me apercibí del paso de la vida civil á la militar, sino por la independencia absoluta de que gozábamos. Los voluntarios sin enganche, que formaban la inmensa mayoría de nuestro regimiento, mostraban la mayor repugnancia á toda clase de subordinacion, y defendian su libertad personal contra la menor apariencia de disciplina. Ibanse á sus casas tantos dias cuantos querian, y volvian á las filas sin que nadie se atreviese á castigarlos. Los oficiales no tenían tampoco regularizada su carrera, pues la conservación de su empleo dependia de la simpatía de los que los mandaban. El resultado de esto era que cada uno obraba á su antojo, y que todo el regimiento no se componia sino de ciudadanos libres, que no reconocian ninguna ley militar. Carecimos de uniforme regular, y el manejo de las armas no nos quitaba el tiempo. El que se presentaba á la lista dos veces al dia, podia decirse que era un hombre celoso y que habia llenado todos sus deberes. Muchos pasaban el resto del tiempo en las tabernas, y otros se quedaban en casa de los patrones ó aldeanos, donde se hallaban acuarrelados; y como su patriotismo les inspiraba mucha simpatía hacia los belgas, estos eran considerados y tratados como verdaderos miembros de la familia.

Los voluntarios que habian tomado de su general el nombre de cazadores de Nielon permanecieron quietos en Turnhout y aldeas vecinas hasta fines del mes de diciembre. A esta época nos pusimos en camino, con un tiempo nevoso, hacia Linsbourg, para esperar allí al enemigo, que según se decia intentaba ocupar con algunas tropas procedentes de la fortaleza de Maestricht, los zarzales que lindan con las fronteras de Holanda.

Fuera lo que quisiera, cerca del anochecer nos detuvimos en una inmensa llanura cubierta con un pié de nieve lo menos. El viento soplabá del Este, y era tan glacial, que para que no se nos helaran las orejas, nos las cubríamos con las manos.

Diósenos órden de vivaquear allí aquella noche, que era lo mismo que decir que podíamos echarnos en la nieve, si no preferiamos entrar en calor hasta la mañana siguiente dando patadas en el suelo ó golpeándonos el cuerpo con las manos, cosa que nos sorprendió sobremanera. Yo, por mas que hice, no pude descubrir al rededor de mí mas que una inmensa llanura, cuya monótona blancura fatigaba la vista. Solo á un cuarto de legua se limitaba el horizonte por un bosque de abetos, dividiéndose detrás de él y como á una legua lo menos, el campanario de una aldea; era Balen, situado en la frontera de la provincia de Linsbourg.

(1) El fotógrafo que la sacó (Alinari) es uno de los mejores sino el mejor de Florenca. La fotografía reproduce perfectamente el terrible original, pero la muerte habia desfigurado extremadamente aquella cabeza angelical que poco antes respiraba frescura y sonreía á las esperanzas de amor.

No habíamos comido nada desde nuestra salida de Turnhout. Como desde el momento de la revolución los belgas habían estado siempre acuartelados en las casas de los ciudadanos ó aldeanos, el servicio de viveres no estaba aun organizado en el ejército, y en su consecuencia teníamos en perspectiva un ayuno forzado. Tan pronto como comprendieron nuestra situación los mas atrevidos, descubrieron un medio de proveerse de lumbre y de provisiones. Organizáronse partidas para ir á buscar leña en un vivero cercano, y apenas se había pasado media hora, cuando volvían al vivac centenares de hombres trayendo cada uno un abeto á remolque. Encendióse una hoguera por compañía, que tomando incremento gradualmente, lanzó hácia el cielo sus llamas, aun antes de que la noche cubriera los zarzales.

Aquella primera noche de vivac hizo en mí una profunda impresion; olvidándose del frío pasaba muchas horas contemplando con muda admiración el extraño y fantástico espectáculo que se desplegaba á mi vista. Diez y ocho hogueras elevándose en los aires del centro de los abetos amontonados, se extendían en línea por el llano, teniendo de púrpura el cielo que se hallaba sobre nuestras cabezas; la nieve misma parecía incendiarse, mientras que las llamas ondeaban caprichosamente; los ardientes reflejos de una luz enrojada oscilaban sobre los zarzales, ora con el resplandor azulado del relámpago, ora con tonos leonados y rojizos, imaginándose uno ver á las olas impetuosas de un mar de fuego invadir la llanura adormecida bajo la nieve... A cada oscilación parecía agitarse un enjambre de demonios al rededor del fuego, destacándose los voluntarios como sombras negras sobre un fondo encarnado, yendo, viniendo, echando nuevos árboles á la hoguera ó avivándola sacudiendo violentamente los troncos ya quemados. Entonces subían al cielo y se extendían por el campo como un inmenso fuego artificial, nubes de abrasadoras chispas, y en medio del silencio monótono que reinaba en el llano, se oía el chasquido de los abetos que devoraban las llamas como si fueran delgadas ramillas. Entre aquel ruido dominante, se sentía á intervalos la voz de los voluntarios llamándose unos á otros, oyéndose tambien algunas veces á lo lejos el estribillo de la *Parisiense*. El gruñido angustioso de un puerco que se degollaba, se mezclaba á los quejumbrosos muidos de una vaca robada por nuestros merodeadores ó proveedores en algun lugarejo vecino.

A mi lado fué sacrificado á sablazos un ternero y despedazado en un instante. Un sargento me puso en la mano un trozo de carne, y siguiendo el ejemplo de mis camaradas, le puse á tostar junto á la gigantesca hoguera. Obligándonos la fuerza del fuego á permanecer á alguna distancia de él, poníamos la carne en la punta de la bayoneta y la sosteníamos en alto sobre la llama. Cuando estaba bastante tostada la superficie exterior, la comíamos á dentelladas, y en seguida repetíamos la misma operacion hasta que no quedaba nada.

Permanecimos en pié casi toda la noche; pero hácia la mañana fuimos asaltados de un irresistible sueño. Muchos de nosotros se extendieron á cuatro ó cinco pasos del fuego, en el suelo helado, y se durmieron allí tan perfectamente, como si hubieran estado en un magnífico colchon de plumas.

Yo no tenia mas que mi blusa de tela sobre una delgada chaqueta de paño negro, y abatido por el frío, miraba al rededor de mí. Mi cara y pecho quemaban gracias al ardor del fuego, pero mi espalda expuesta á la violencia del viento del Este, estaba por decirlo así helada. Poco á poco se me fué poniendo pesada la cabeza, y echándome en el suelo, continué mirando las llamas por algunos momentos, cayendo al fin en un profundo sueño. Cuando dos horas mas tarde me desperté y quise levantarme, me fué imposible. Habían dejado que se extinguiera el fuego, y el agua que había producido la fusión de la nieve se congeló debajo de mí, teniendo que romper el hielo con el sable para desplegar mi blusa del hielo y que pudiera ponerme en pié. Tiritaba de frío; mis miembros estaban entumecidos; estaba pálido como la muerte y enteramente anonadado. Permanecimos así acampados en la nieve al rededor de las hogueras, sin mas viveres que los que nos proporcionamos, por espacio de tres dias con sus noches. Desde el segundo dia, el extraño espectáculo que he descrito había perdido para mí todo su atractivo; mis movimientos eran lentos, y sentía como los síntomas precursores de una enfermedad. Mis amigos de la compañía se apercebieron de ello y prodigaron al *furrielito* los cuidados mas afectuosos, trayéndome hasta un haz de heno para que me sirviera de cama.

Al tercer dia mi estado empeoró. Estaba agazapado detrás de los troncos de abetos que se habían cotocado como barrera contra el viento, y pensaba en mi padre, en la vida que tenía en la ermita, en mi hermano, en todo lo que amaba en la tierra...

El sargento Dequé, mi excelente protector, quiso llevarme al médico del regimiento para que diera órden de que me enviaran acuartelado á Balen; pero mi altanería se resistió tanto á la idea de ceder á una prueba á que resistían la mayor parte de mis compañeros, que la vergüenza de parecer tan débil me hizo sufrir mas aun que mi indisposición. Me había creído un hombre, y sucumbía como un niño al frío y á la privación del alimento acostumbrado. Insté á mis amigos para que no se inquietaran por mí, y les dije que el malestar que experimentaba no tardaría en pasarse, haciéndoles otras mil protestas, últimas tentativas de lucha contra un mal que debía acabar por triunfar de mí.

Por la tarde llegaron por fin al vivac carros cargados de viveres, y fui llamado como *furriel* para que acompañase á los que debían descargarlos. A pesar de la calentura que me obligaba á dar espantosos tirtones, pudiendo apenas tenerme en pié, á pesar del horrible dolor de cabeza

que sufría, di dos pasos al frente y me presenté dispuesto á llenar mi servicio; pero el capitán Smith no quiso permitirlo, y corrió él mismo á buscar al médico del batallón. Dióme una boleta con la que debía trasladarme á Balen, y el burgomaestre á su presentación me daría alojamiento en una casa del pueblo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al leer en la fisonomía de mis amigos la profunda conmiseración que les causaba mi triste estado. Los sargentos Collette y Dequé me obligaron á aceptar algun dinero; un cabo de Verviers llamado Fabry, metió en mi saco un pedazo de tocino ahumado, diciéndome que como no encontraría nada en una legua á la redonda, algo de comida podría serme de mucha utilidad.

Colmado de votos por mi pronto restablecimiento y de mil pruebas de amistad, me puse en camino para el pueblo de Balen, caminaba despacio y descansaba muchas veces, me hallé al fin tan abatido por la languidez y los estremecimientos de la calentura, que mis dedos se helaban, por decirlo así, sobre el fusil, sin tener fuerza para echar el portafusil á la espalda.

Era ya de noche cuando logré llegar al pueblo de Balen, arrastrándome pensosamente. Las casas estaban cerradas, y no ví un alma en las calles; solamente se encontraban algunos voluntarios que se habían escapado del vivac y andaban rodando á la aventura, dando gritos y llamando á las puertas con la culata del fusil para que les abrieran. Uno de ellos me indicó la casa del burgomaestre, y aun cuando llamé á ella, fué en vano, porque nadie salió á abrirme. Por fin me respondieron desde una alta ventana y me dijeron que no había ya alojamiento en el pueblo, y que además el general mismo había prohibido se albergase en él un solo belga.

Por un momento quedé anonadado y quizá me hubiera sentado en el umbral de la puerta del burgomaestre; pero habiéndome disminuido la calentura y el dolor de cabeza, mi estómago me acusaba hambre. Sobreexcitado por la necesidad, llamé sucesivamente á la puerta de las casas donde veía luz, y en la mayor parte no me respondieron; las otras estaban llenas de voluntarios que juraban y renegaban asegurando no permitirían entrar alma viviente.

La desesperación se apoderó de mi corazón. Agotadas las fuerzas, consunto de fatiga y casi muerto de hambre fui hasta las últimas casas del pueblo pidiendo en todas partes en vano me dejasen entrar... Me faltaba completamente la energía necesaria para romper una puerta y obligar á las gentes á que me recibieran.

De repente descubrí á lo lejos en el campo una lucecilla! Quizá cause risa, pero como en los cuentos populares de Flandes, aquella lucecilla brilló á mis ojos como la estrella de la esperanza. Dirígame derecho á ella, y le alcancé cinco ó seis veces antes de lo que había creído. Era una chocita de arcilla construida á la orilla del camino de Roler. Llamé y me abrieron al instante. Sus habitantes saltaron un grito de espanto cuando me vieron entrar con el fusil en la mano, y me dijeron con voz acongojada que no poseían nada. Les habían cogido sus gallinas y su única cabra, habiéndose llevado los belgas hasta el último bocado de pan.

Díjeles que estaba enfermo; conté en pocas palabras cómo había implorado en vano un albergue donde pasar la noche en el pueblo, y acabé por suplicarles me diesen un rincón en la cabaña hasta la mañana del dia siguiente. Mi juventud y el acento lastimero de mi voz conmovieron á las buenas gentes, y me señalaron una silla que había junto al fuego oculto en la ceniza, me ayudaron todos á quitar de los hombros el saco que llevaba y me dijeron, prodigándome muestras de simpatía y compasión, que su casita entera estaba á mi disposición. Díjeronme que no tenían cama; pero que había heno en el establo de la cabra, y el amo de la vivienda procuraría no tuviera frío. En la casa no había otros viveres que un pan negro de centeno que habían podido sustraer á las pesquisas de los voluntarios, pero que podía tomar de él cuanto quisiera.

Los habitantes de la cabaña eran un campesino, su mujer y su hija que podría tener unos diez y seis años; lamentábase en alta voz del pobre *belga*, y me contemplaba con tan afectuosa piedad, que su dulce mirada bastó á derramar el consuelo en mi corazón, disipando mi abatimiento.

Quise dar dinero á aquellas gentes; pero el hombre y la mujer rechazaron mi oferta diciéndome, que si podían procurarme alguna cosa que fuese útil con la suma que les ofrecía, la aceptarían; pero que era imposible hallar nada en la comarca ni por oro ni por plata. Entonces me acordé de que el cabo Fabry había metido en mi saco un pedazo de cerdo, y me apresuré á cortar una rebanada; púsose la sartén al fuego, y pocos instantes despues estaba á la mesa con mis nuevos huéspedes.

Hablé de mis padres, de mi vida anterior y de mi desgracia en el vivac, y antes de irme á entregar al reposo, éramos los cuatro tan buenos amigos y nos apreciábamos tanto como si desde mi infancia hubiese formado parte de la familia.

El hombre me condujo al establo, abrió un hueco en el heno, me hizo acostar allí, me puso sobre el cuerpo y los piés una buena cubierta de heno, y se despidió deseándome buena noche.

Bien pronto penetró en mis miembros un dulce calor, y con él una nueva vida reanimó mi corazón. Me pareció que un rey echado en el mas mullido plumon, no podía gustar un reposo tan perfecto y tan reparador, como el pobre soldado tendido en el heno hospitalario de un humilde establo. Lleno de vivo reconocimiento, di gracias á Dios por su bondad, y mecido en mil gozosos pensamientos, caí en un sueño voluptuoso.

No me llamaron por la mañana, y cuando me desperté por mí mismo era ya bien entrado el dia. Cuando bajé encontré el café sobre la mesa y á aquellas buenas gentes que me esparaban para desayunarnos. Mi mirada se fijó

en la joven niña, y ella me dirigió una sonrisa tan cándida y afectuosa, que bajé la cabeza y sentí ruborizarse mi frente.

(Se continuará.)

Explicación del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN BLANCO.—Trage de encima de tul blanco; segundo trage de encage negro (*yack*) que se cierra por detrás. Corpiño escotado de tul plegado. Coselete de encage negro con hombreras y cinturón de cabos flotantes; en el cabello cordon con cascabillos de coral; pendientes y collar correspondientes al peinado.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA VERDE, guarnecido con tres tiras al sesgo de raso verde; otra tira como estas sube por cada costura de los paños. Manteleta de tafetan negro, que tenga poco mas ó menos la forma de una chaqueta sin mangas, abotonada desde el codo hasta el borde inferior; un encage muy ancho de Chantilly orla esta manteleta, la sisa de las mangas, y se continúa por detrás, de modo que todo el contorno exterior de la manteleta esté guarnecido de encage. Sombrero de encage negro, con diadema de follage.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 404.

Blancas.

Negras.

1.ª R.ª 8.ª C.R.

R.ª 3.ª A.R.ª

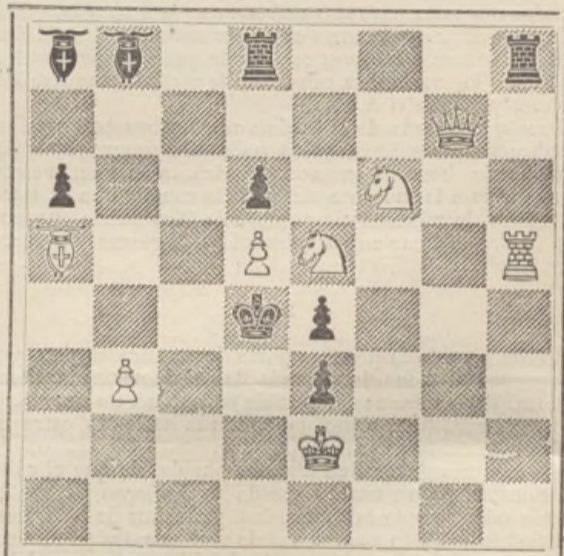
2.ª R.ª 8.ª C.R.ª

Cualquiera.

3.ª C. 6.ª A.R. jaque-mate.

PROBLEMA N.º 105, COMPUESTO POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Soluciones exactas al Salto del Caballo inserto en el número 39.

Despues de publicada la que presentamos en el número anterior, se nos han remitido otras dos, una por la Srta. D.ª Mercedes Castilla, suscritora en Albacete, y otra con las iniciales J. M. F.

MATILDE

Ó EL ANGELO DE VALDEREAL.

Novela original de la Señora Doña Faustina Saez de Melgar.

Esta interesante novela es un episodio histórico de la guerra civil en los campos de la Mancha; forma un hermoso volumen con cinco magníficas láminas, grabadas por los mejores artistas de Madrid. Se vende á 2 pesos cada ejemplar, en la redacción de EL SIGLO, calle de Sta. Clara, n.º 41, en la Habana, y en España, en las oficinas de LA MODA ELEGANTE.

ANIANA O LA QUINTA DE PERALTA.

Va precedida esta novela de la biografía de su autora doña Faustina Saez de Melgar, por don Juan Eugenio Hartzenbusch, y un prólogo de Fernán Caballero.

Este lindo volumen se halla de venta al precio de 12 rs. en toda España, en las principales librerías de Madrid; y en la Habana, en la redacción del periódico EL SIGLO.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

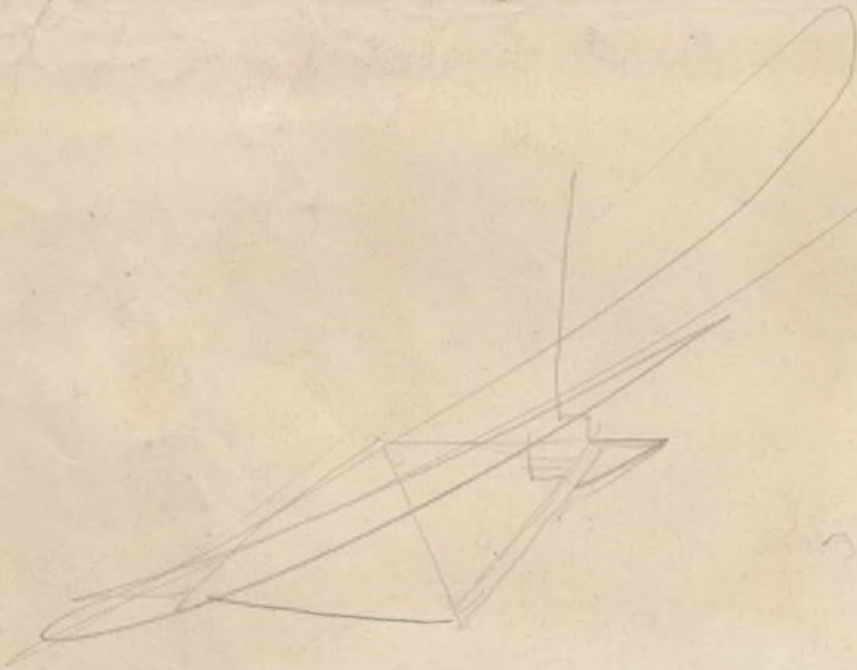
CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.



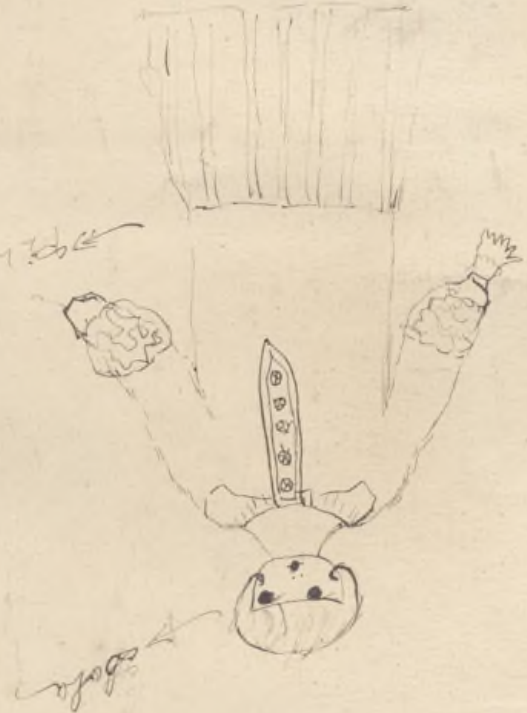
Delphinia fil. imp. Paris.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

55, Rue Jacob Paris



→ 217 306



→ 217 306

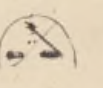
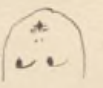
AY.

en el

número
la Srta.
otra con

Stina Saez

histórico
ba; for-
cas lá-
drid.
cion
ba-



[Handwritten signature]